



ecran

NUM. 2

HECHO EN EBILT POR
UNIVERSO
DISTRIBUCION EN EBILT POR
UNIVERSO

MARY DUNCAN

ladrona de corazones



SUS ojos tibios de vampíresa aparecieron un día sobre la tela, ocupando de inmediato la atención. Al principio, se la miró con cierta extrañeza. ¿Cómo un rostro tan bello, tan blanco, tan suave, podía ser dueño de labios que hirieran al besar? ¡Mary Duncan! Un nombre como cualquier otro, vulgar, repetido hasta el infinito. Y sin embargo, fué un viento de temor el que sacudió la estabilidad de las estrellas en Hollywood, cuando se anunció a ese nuevo astro, sobre el firmamento de la gloria: Mary Duncan. ¿Quién puede ser esta desconocida? ¿De dónde viene?

Venia de todas partes, había recorrido todo el ancho mundo. En sus ojos, llenos de paisajes, se advertía la sombra de un desencanto por la existencia. ¡Y sin embargo, no hubo otros ojos más brillantes al enfrentar el espectáculo del amor! Nunca dos pupilas despidieron iguales llamas, cuando la imagen secreta del dueño de su pasión danzó a su llegada ante ellas.

Si, ¿quién era Mary Duncan, la mujer fatal, la vagabunda, la viajera, que fué al desierto a aprender de la esfinge el secreto de su fascinación; la que pidió al mar un poco de esmeralda para agregarla al encanto de sus ojos; la que se extasió ante treinta cielos diferentes? Como sus ojos violentos, fué su entrada en el mundo de la celebridad; con un gesto

duro de emperatriz cautiva a las multitudes, que cayeron de rodillas como los fanáticos ante la divinidad.

Pero después quiso ser sólo mujer y abandonó la actitud desdofiosa, y dejó subir hasta sus pestañas el recuerdo de viejos países y viejos amores, y su cuerpo maravilloso se replegó sobre

un diván. La ladrona de corazones se quedó extática. Sólo sus ojos vivían, tibios, mansos. Sus largas manos elegantes parecían de cera, inofensivas, indolentes, detenidas en su vuelo por un poder aquietador y vago. Así esperó cada día la llegada del amor. El destino le envió los hombres que su ávido corazón pedía. Primero, fué un muchacho hermoso y fuerte, que se jugaba la vida cada noche en el grito de los trapecios de un circo. Fué el salto más maravilloso el que terminó en el corazón de Mary Duncan. Más tarde, llegó un hombre misterioso y criminal, que fué a pasar entre las rejas sus días. Ella lo esperaba, en una casa solitaria, en medio de la magna naturaleza, junto a un río sonoro y a un cuervo trágico, como el de Edgar Poe. En seguida, vino el joven campesino, inexperto en amor, que al primer paso en falso fué a caer en la red de sus miradas, ciego, extasiado, como el insecto entre las patas de terciopelo de una araña. Y después, otros y otros. A todos los amó su vasto corazón. De todos se dejó amar. Era la esfinge, que despertaba de su sueño.—E. DELANO.